

REGARDS SUR WAGNER N° 6 AÑO 2004

TEMA 10: OTROS TEMAS

**TÍTULO: CUENTO WAGNERIANO DE HOUSTON STEWART CHAMBERLAIN:
EL REGALO DE NAVIDAD DE PARSIFAL**

AUTOR: *Houston Stewart Chamberlain*

El pobre Parsifal estaba cansado. Pues habían transcurrido ya años desde el día en que le arrancara al malvado mago Klingsor la Santa Lanza y desde entonces erraba por el mundo sin conseguir dar con el camino que le llevara al castillo del Grial. Y demasiado bien sabía que el enfermo rey Amfortas, torturado por el dolor, esperaba su llegada pues solo el contacto con la Lanza que un día tocara a nuestro amado Salvador y que por ello fuera bendecida para la eternidad, sólo el contacto con tal Lanza podía sanar la herida de Amfortas. Hasta que Parsifal encontrara el camino del castillo del Grial, tenía el rey que vivir en el sufrimiento y con el todos los caballeros del Grial.

Felices y valerosos habían hasta entonces recorrido el mundo los caballeros del Grial para acercarse allí donde había un bien que hacer, un impío a quien castigar o un virtuoso a quien ayudar. En sueños solía entrever el rey donde era necesaria la ayuda de los caballeros y así les enviaba aquí y allá. Y los caballeros no conocían más alegría en este mundo que el cumplimiento de lo que se les ordenaba. Pero desde el inicio de su enfermedad, el rey ya no pensaba más que en su dolor. Apenas si dormía y así no podía el buen Dios hablar con él. Y cuando finalmente conseguía dormir, era tan fuerte el dolor, que sólo soñaba con criaturas salvajes que le desgarraban la piel. Y así, los caballeros no podían saber donde era menester su ayuda y deambulaban ociosos y descontentos. Y como quien permanece ocioso y descontento cae fácilmente en malos pensamientos, ya algunos caballeros habían abandonado el castillo del Grial, desprendiéndose de su hermosa armadura y rebajándose a un ruin destino humano.

Las gentes de bien se habían quedado sin protección en el mundo entero. No sólo Amfortas, el rey, sufría de un dolor atormentador, sino que miles de creyentes se consumían en la miseria. ¡Y todo eso, sólo porque Parsifal no conseguía encontrar el camino del castillo del Grial!

Así que uno puede bien imaginarse que Parsifal estuviera no sólo cansado sino realmente triste. A veces, le acontecía lo que a los demás caballeros: pensaba que Dios le había abandonado, que ya no le amaba ni le protegía. Y a menudo surcaban su noble rostro rasgos de aflicción. Pero en el mal no llegaba a caer pues ocioso no permanecía. Cada día encontraba nuevos enemigos que combatir o bien gentes cuya hospitalidad debía recompensar con hazañas militares. Y en el calor del combate podía repetidamente sentir que el buen Dios guiaba su brazo y le daba fuerzas.

Pero el día del que quiero hablaros, Parsifal estaba cansado y triste, casi ya sin esperanza. Durante todo el día había errado sin encontrar un alma. Ni la más pequeña cabaña había visto. Su fiel caballo Allat había sido su única compañía. La Santa Lanza constituía también una carga muy pesada pues era muy, muy larga, de madera maciza, con una brillante punta de acero. A caballo, Parsifal podía apoyar la Lanza en su pie pero en su vagar desorientado tema que desmontar a menudo y entonces no le quedaba más remedio que cargar al hombro la pesada Lanza. Con ese peso tema que trepar por las rocas y abrirse camino a través de la vegetación. Algunas veces los espinos desgarraban sus manos. Otras, caía al suelo sin aliento. El caballo buscaba su propio camino, tal como hacen los animales pero la Lanza no podía cargarla a causa de su longitud.

Empezó a caer la noche, una noche más. Corcel y jinete habían atravesado montañas hasta llegar a un llano. Como anochecía de prisa y Parsifal quería llegar a una zona habitada, empezó a aguijonear a su caballo. Pero el pobre animal estaba tan cansado y hambriento que no podía correr más y entonces su señor empezó a espolearlo hasta hacerle sangrar. A Parsifal no se le ocurría que le hacía daño. Simplemente quería apresurarse. Pensaba: todos los caballeros llevan espuelas ¿por qué no iba a llevarlas yo? Y si las llevo ¿por qué no utilizarlas? Además, como ya he dicho, aquella tarde estaba de mal humor y eso le hacía olvidar el sufrimiento de los otros seres. Desde luego, nada loable por su parte pero no le juzguemos pues quizás nosotros habríamos obrado igual en su lugar. Pues, como he dicho al principio, el pobre Parsifal estaba cansado.

Y así llegaron a un bosque. Era ya noche cerrada. Continuar el camino no era posible. Parsifal desmontó, buscó un rincón de musgo blando, le quitó al caballo la silla, le acarició y compartió con el fiel animal el único trozo de pan que poseía. Luego se

tumbaron uno junto al otro y echo la manta sobre ambos pues hacía mucho frio. Cuando hace frio, los animales se acuestan muy juntos para darse calor. Hoy en día todavía puede verse en pueblos sencillos, en los que hombres y animales conviven en amistosas relaciones, que ambos duermen juntos para protegerse del frio. Ya antes Parsifal había dormido de tal modo, con la cabeza apoyada en la grupa de su caballo. Sabía que el caballo nunca le haría daño. Y en cuanto a las espuelas, los animales no son como las personas. Soportan todo de aquellos a quienes aman sin recriminarles nunca nada. Y de esta forma se tendió hoy el pobre, cansado y solo Parsifal.

Y se durmió.

Pero al poco sintió algo así como si el caballo le hubiera despertado con un movimiento. Y al entreabrir los ojos vio como Allat levantaba la cabeza y le miraba con sus ojos enormes y hermosos. "¿Por qué, Parsifal?" habló el caballo "¿por qué, después de un día tan largo y agotador, me clavaste las espuelas en los flancos tan brutalmente? ¡Si supieras el daño que eso hace!"

Parsifal no contestó pues se había quedado mudo de asombro al oír hablar a su caballo. "No creas que te guardo rencor por ello," prosiguió Allat "tú eres mi señor y obedecerte, servirte y aguantar cuanto me hagas es el único objeto de mi vida. Que me mantengas junto a ti hasta el final de mis días, eso es todo lo que necesito para ser feliz. Pero ¡Mi señor, a veces eres tan insensato! Si al llegar al llano hubiéramos torcido a la derecha, en media hora habríamos llegado a una casa rodeada de árboles frutales y habitada por gentes de bien. A ti te habrían dado de comer y beber y una buena cama donde dormir en vez de tener que acostarte a la intemperie con este frio y con el estomago vacío. Y a mí me habrían dado avena y habría repuesto fuerzas para proseguir mañana el camino. ¿No me crees? Pues te diré que con mis enormes narices he olfateado la casa ya de lejos y que sus habitantes son buenos, eso me lo dice el corazón. Pues de la misma manera que el olfato de los animales es mejor que el de los hombres, también en nuestro corazón adivinamos de lo que los hombres podéis imaginaros. Mira, ya que por una vez me tomo la libertad de hablarte abiertamente, déjame que te diga toda la verdad. Vosotros, los seres humanos, con todo vuestro entendimiento y con tanto saber leer y escribir y calcular, me parecéis pese a todo tremendamente tontos. No se trata sólo de que no fueras capaz de adivinar la cercanía de aquella casa, es que ni siquiera cuando yo te avise me entendiste". Parsifal seguía

mudo de asombro. "¡Pues sí!" prosiguió Allat "te avise allí donde deberíamos haber torcido. Te lo dije con toda la claridad con que puede hablar un ser humano ... es decir, con perdón, con toda la claridad con que puede hablar un caballo: relinche, te mire y agite la cabeza en la dirección adecuada. Estoy convencido de que hasta mi primo el asno me habría entendido en seguida (dejando aparte que a él no habría tenido que indicarle nada pues el ya habría sido lo suficientemente listo como para darse cuenta por sí mismo). ¡Pero tú! ¿qué hiciste? Pues si mal no recuerdo me llamaste 'gandul' y comenzaste a espolearme". "Discúlpame, mi querido y leal amigo" habló finalmente Parsifal, "como ves, el castigo por mi mala acción tengo que sufrirlo yo ahora, muriéndome de frío y de hambre. Pero ante todo dime ¿desde cuándo puedes hablar?" Allat suspiró profundamente: "¡Ay, estos humanos! ¡Ya estamos otra vez! ¿Que desde cuando puedo hablar? ¡Pues desde siempre, por supuesto! ¿Cómo iba a existir un animal que no supiera hablar? No es que yo haya aprendido a hablar de repente, es que eres tu el que al fin ha aprendido a entenderme. Sé que en los cuentos se habla a veces de animales que, de repente, por algún arte de magia empiezan a hablar de pronto. Pero eso no es cierto. Como un hombre no podremos hablar jamás. Pero todos los animales hablamos a nuestra manera. Para comprendernos es necesario amarnos con un amor sin reservas. En estos momentos me comprendes porque, al echarme a mi lado, pensabas con sincero arrepentimiento en tu crueldad para conmigo y, al cerrar los ojos, había un amor verdadero hacia mí en tu corazón. ¡Aprende un poco de los animales, Parsifal! Tú no amas sin reservas a las criaturas de Dios. Y esa es la causa por la que no has encontrado aun el camino del castillo del Grial. Es muy bonito de tu parte que día y noche pienses en Amfortas, en tu cometido divino. Pero pese a todo, no eres verdaderamente sabio pues pensando en lo más lejano, olvidas lo que tienes más cerca y el amor hacia ese hombre sufriente no te deja sentir que es a todas las criaturas de Dios que debes amar. Yo, pobre, tonto caballo, yo conozco el camino que lleva al castillo del Grial, donde Amfortas y sus caballeros te aguardan con impaciencia. Pero mientras no descendas de tus pensamientos y me mires a los ojos con plena confianza, hasta el punto de entender el lenguaje de estos ojos, es decir, mientras no me ames de veras, no puedo enseñarte el camino. Con tus espuelas me empujas siempre hacia otros caminos. ¡Pobre humano! ¿Te sorprende no haber entendido hasta hoy mi lenguaje, haber sido sordo hasta ahora? ¡Pero es que también eres ciego! Pues

el amor de Dios te habla desde los ojos de cualquier animal e incluso las flores son ojos desde los cuales sólo te habla el amor. Y todo, todo la que tienes a tu alrededor conoce el camino que buscas ... y todo te la indica. Pera entenderlo es posible sólo a través del amor".

El caballo volvió a bajar su cabeza.

Parsifal pensó para sí: ¡Este habla mejor que yo! y ya tenía intención de volverse a dormir cuando percibió que una voz cercana le llamaba: "¡Dios sea contigo, Parsifal!". Parsifal no conocía el miedo. Se incorporó rápidamente y vio ante él a tres hombres vestidos con unas túnicas largas y plisadas. El primero, un anciano de largas barbas blancas como la nieve que le llegaba a los pies; el segundo, un hombre en edad de trabajar con una corta barba negra; el tercero parecía un adolescente.

"Somos los tres sabios de Oriente" comenzó el anciano, "también se nos conoce como los tres Reyes Magos. Y de la misma manera que tú buscas ahora a Amfortas, también nosotros buscamos algo en otro tiempo ... ese algo era la sabiduría. Para que te hagas a la idea de cuánto tiempo pasamos buscando, te diré que la pasión por ser sabio se apoderó de mi cuando apenas era un adolescente ¡y ya puedes ver cuán larga es mi barba! Pronto nos dimos cuenta de que en el mundo todo es un permanente cambio y así dirigimos nuestras miradas hacia las estrellas. Durante muchos años observamos las estrellas y sus movimientos. Efectuamos complicados cálculos y nos hicimos tan sabios que podíamos predecir los eclipses de sol, los eclipses de luna y muchas cosas más. Pero cuantas más cosas sabíamos más claro sentíamos que todo eso no era sabiduría. Y así un buen día decidimos que no ambicionábamos más sabiduría y que nos contentábamos con la que Dios nos había otorgado. De algo iba a servirnos tanta investigación: día a día habíamos aprendido a admirar y a amar más y más el mundo que Dios había creado. Para eso también sirve la ciencia. Y ese amor debía bastarnos a partir de ese momento. Y hete aquí que, cuando al anochecer de aquel día alzamos los ojos al cielo, sin pretender observar ni descubrir nada, nos llamó la atención una pequeña estrella que nunca antes había estado en el cielo. No era una estrella grande y brillante, que cualquiera habría podido descubrir y que habría llamado la atención en todo el país; no, se trataba de una pequeña estrellita que habría pasado desapercibida a todo aquel que no poseyera un perfecto conocimiento del cielo. ¡Y esa estrella, además, se movía por entre las otras! Inmediatamente decidimos seguirla. Pues algo

nos decía que justo ahora que habíamos abandonado nuestra atrevida osadía de pretender investigar los caminos de Dios, justo ahora, era el mismo Dios quien nos guiaba. No nos cabía la menor duda. Nuestro supuesto conocimiento recibía una lección de humildad. Vimos la estrella y la seguimos con plena fe en Dios. ¡Y en efecto, Dios nos guió por caminos maravillosos! Nos condujo allí donde nuestro divino Salvador yacía en el portal, un niño ... ¡pudimos sostener en nuestros propios brazos la sabiduría divina!. Por eso desde entonces se nos llama Reyes Magos. Tu, Parsifal, buscas el castillo del Grial y al extenuado rey Amfortas. Pero no lo estás haciendo bien pues crees que puedes encontrar el camino por ti mismo y eso no podrás conseguirlo nunca, nunca. Tu buen caballo tiene razón: cualquier animal es más capaz que tu de encontrarlo y, del mismo modo que la estrella nos condujo a nosotros a Belén, del mismo modo puede tu caballo conducirte a ti hasta Amfortas. Pero para que ello sea posible, primero tienes que renunciar a tu obcecación y a tu voluntad y aprender a creer como un niño. Sin amor no puedes comprender el lenguaje de tu caballo. Ahora bien, la decisión de seguirle sólo puede conseguirse a través de la fe".

Parsifal sabía que no está bien interrumpir a un anciano cuando habla ¡y sin embargo hubiera querido preguntarle tantas cosas! Pero una vez hubo acabado de hablar, el anciano saludó y se alejó.

Con él se retiró también el segundo hombre. En cambio, el adolescente permaneció allí y se arrodilló junto a Parsifal. Tan hermoso era y sus ojos tan maravillosos que uno se habría pasado el día entero contemplándolo. Ojos enormes, profundos como un lago de montaña y como él, transparentes. Teman algo de la soledad de un lago de montaña pero también del aire claro, de la luz del sol y de queridas flores por doquier que, como bellos pensamientos, se reflejan en el agua pura. Parsifal estaba como hechizado.

"¿Tienes realmente mi edad?" habló Parsifal. "¿Yo?" contestó riendo el desconocido, "¡No! Es únicamente la expresión de mi rostro que engaña. ¡Medita un poco!" "¿Ah, sí?, no sé. Si te miro con más atención, observo que no eres un adolescente. Son tus ojos que parecen tan frescos y alegres, tan llenos de esperanza ... " "¡Ahora has dado en el clavo!" le interrumpió el otro. "En realidad soy tan mayor como el anciano que acaba de hablarte. Pero el día en que en Belén pudimos estrechar en nuestros brazos al Salvador, al contacto divino creció infinitamente en cada uno de nosotros aquella

piadosa predisposición que nos había guiado hasta él y cuyo germen yacía ya en nuestro interior. El sabio que acaba de hablarte se había dejado guiar siempre por el amor, aun en los momentos en que se equivocaba. Por amor aspiraba a la sabiduría y por amor rechazó el conocimiento y siguió a la estrella. Por eso, a partir de entonces fue aumentando en edad pues cuanto más mayor se hace el hombre más completamente comprende el sentido del amor y mejor ve que el amor es el principio y el fin de todas las cosas, causa y coronación del mundo de Dios. Y si ahora se ha dirigido a ti para hablarte de la fe, también lo ha hecho por amor. Sabía lo que necesitabas y sabía que al tercer miembro de nuestra alianza, el valeroso héroe de la fe -quien, en su momento, no quería dejarse convencer para abandonar nuestras investigaciones pero que después, fue el que, durante nuestro largo viaje siguiendo a la estrella, alentó nuestras debilitadas fuerzas y que incluso en ocasiones llegó a cargarnos sobre sus hombros- no le gusta mucho hablar. Por eso ha hablado el anciano en su nombre. Como has podido ver, este silencioso camarada posee todavía la fuerza de los mejores años del ser humano. Yo, amigo mío, no puedo compararme con ellos. Sin embargo, el buen Dios, en el momento en que abrace a su Hijo me concedió que la belleza, la bondad y la nobleza de su mundo se reflejaran para siempre en mi alma. Y esa es la razón por la que parezco tan joven pues el mundo de Dios es eternamente joven. Y así puedo yo también cumplir con mi cometido divino, ayudando a aquellos que necesitan consuelo. Pues hay a quienes el sufrimiento enturbia tanto los ojos que ya no son capaces de distinguir belleza ni bondad, ni nobleza en el mundo y me arrodillo junto a ellos mientras duermen para que, en sueños, me miren a los ojos y se den cuenta de que existe la esperanza. Nada hay más difícil, querido Parsifal, como definir que es la esperanza. Pues ten por seguro que, aún cuando el amor te abra los ojos y la fe fortalezca tu corazón, aun así no podrás llegar nunca al castillo del Grial si te falta la esperanza. Sin esperanza, envejecerás por el camino y cuando finalmente divises a lo lejos el castillo que te hace señas desde lo alto de la montaña para que te apresures a prestar el socorro esperado en vano durante tanto tiempo, ¡entonces morirás! Esperanza significa una autentica entrega a la voluntad de Dios, es decir, una entrega feliz, serena y agradecida. Tu madre murió, no tienes amigos pero ¿no es este buen caballo tuyo un amigo leal como el que más? ¡Y el mundo entero es tan bello y esta tan lleno de buenos amigos! Piensa en todos aquellos que te aguardan en el

Castillo del Grial, ¡tus buenos, nobles y queridos amigos! Así que con alegría y confianza en Dios ponte en marcha ... ¡hacia el castillo del Grial!"

Pronunció tan fuertes estas últimas palabras que, con sobresalto, Parsifal despertó de su sueño. Todavía era muy temprano. Las estrellas brillaban allí en el cielo claro. Todo el suelo se hallaba cubierto de nieve recién caída. En medio de un gran silencio, Parsifal escuchó, suave pero muy claramente, el coro de ángeles ... lejano, lejano en el cielo: "¡Hoy os ha nacido el Salvador! ¡Gloria a Dios en el Cielo y en la Tierra paz a los hombres de buena voluntad!"

Así supo Parsifal que era Navidad.

Emocionado, cayó de rodillas y dio gracias a Dios por el regalo que había recibido esa noche ¡amor, fe, esperanza!

Poco después, en Semana Santa, llegaba al Castillo del Grial.

Del libro "Deutsche Weihnacht", ilustrado por Franz Stassen. Berlin 1916.

Traducción: Teresa Arranz.